

## EVANGELIZAR PARA HUMANIZAR\*

ÁNGEL SUQUÍA GOICOECHEA

No es una tarea fácil pensar hoy la Iglesia ante el Tercer Milenio. Y digo que no es fácil porque se puede estudiar la situación actual de la Iglesia; se puede y se debe profundizar en los análisis y las orientaciones que sociólogos, filósofos y teólogos, pensadores y moralistas, juristas, obispos y Papas creen convenientes para las sociedades del final de este milenio; pero siempre tenemos que estar preparados para las sorpresas del futuro porque la historia es obra sobre todo de la libertad humana, y la libertad es una aventura infinita e imprevisible. ¿Cómo serán las sociedades del siglo XXI o del XXII, o del XXIII? Resulta imposible predecirlo. Se pueden hacer conjeturas, o mejor, hipótesis de trabajo; conscientes, sin embargo, de que la realidad, la evolución y la historia pueden recorrer otras trayectorias. ¿Acaso pudo soñar nadie en el siglo XIX que las sociedades del siglo XX iban a ser como han sido?

Y sin embargo, nuestro empeño en pensar el futuro de la Iglesia en el mundo, aun siendo arriesgado y difícil, es válido y necesario. Por más que la libertad y el hacerse de la historia sean cambiantes e imprevisibles, siempre será verdad que la palabra de Dios es «antorcha para mis pasos y luz en mi sendero» (Salmo 119, 105), lo que de otra manera podríamos expresar los cristianos diciendo con el apóstol Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn. 6, 68-69). Jesucristo será siempre «luz de las gentes» porque «es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Heb. 13, 8). Cualesquiera que puedan ser las circunstancias personales. Por sorprendente que pueda pensarse la historia humana en el próximo Milenio.

Por eso, reflexionar y meditar sobre la palabra de Dios, manifestada en Jesucristo, escrutando con objetividad los signos de los tiempos, ésa es la tarea de la Iglesia de hoy para servir en lo que podamos a los hombres y mujeres de mañana. Con ello no pretendemos otra cosa que colaborar, en lo que está a nuestro alcance, a este empeño de tantos pensadores de buena voluntad, y de la Iglesia.

### Signos de los tiempos

En la encíclica *Redemptor hominis* con la que inauguraba su magisterio, Juan Pablo II escribía: «En realidad, ese profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama también cristianismo. Este es

---

\* Conferencia pronunciada el 29 de mayo de 1996.

tupor justifica la misión de la Iglesia, incluso, y quizá aún más, “en el mundo contemporáneo”» (1) . Significa, en último término, que ha sido el cristianismo el que ha descubierto y divulgado en la humanidad el valor asombroso de la persona humana. Recuerda Xavier Zubiri que la filosofía griega, a pesar de haber sido tan desarrollada que en muchos conceptos aún vivimos de ella, sin embargo, «tiene una limitación fundamental y gravísima: la ausencia completa del concepto y del vocablo mismo de persona ... La introducción del concepto de persona, en su peculiaridad, ha sido —dice— una obra del pensamiento cristiano y de la Revelación a la que este pensamiento se refiere» (2) .

Fue al hilo, sobre todo, de la reflexión a cerca de la Trinidad de personas en Dios y sobre el misterio de la persona de Cristo como se perfiló el concepto de persona, pero antes de expresarse adecuadamente en conceptos y palabras, la novedad cristiana sobre la persona se expresaba en forma de *ethos*, de comportamientos morales. La reflexión sobre la vida, los gestos y la doctrina de Jesucristo llevaron pronto a los cristianos a proceder con las demás personas de manera distinta a como lo hacían los paganos. El respeto con que Jesucristo trata a los demás, su benevolencia y su perdón, su amor a todos principalmente a los más necesitados e incluso a los niños, las parábolas admirables del Padre bueno, el hijo pródigo (Lc. 15, 11-32) y la del Buen samaritano (Lc. 10, 29-37), la revelación de que todos somos hijos de Dios y sobre todo el precepto que llamó suyo: «Que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Jn. 15, 12), así como tantas otras enseñanzas suyas, dieron a los cristianos los fundamentos de una antropología y una ética nuevas. La persona humana aparecía ahora como lo más sagrado que hay sobre la tierra no solo porque está dotada de inteligencia y libertad sino porque, gracias a ello, el hombre puede entrar en una comunión filial de conocimiento y amor nada menos que con Dios. Dios es Padre, e invita a sus hijos los hombres a un diálogo en amor con Él. Y porque Dios es Padre de todos y todos somos sus hijos, somos todos hermanos y, por esto, la relación entre los hombres debe ser una relación fraterna de solidaridad y amor. En esa relación fraterna, solidaria y amorosa, y sólo en ella, la persona desarrolla toda su personalidad.

### **Proceso lento y difícil**

El proceso de humanización de las sociedades por la nueva antropología cristiana fue muy lento, no podía ser de otra forma. No fue tarea nada fácil dar una contextura dentro de la exigente moral cristiana a etnias tan dispares como griegos, latinos, celtas, iberos, anglos, sajones, germanos, eslavos, magiares, suevos, vándalos y alanos. Pero, entrada la Edad Media, la antropología y la moral cristianas se sistematizaban ya en las reflexiones teológicas de las escuelas monacales y de las universidades y se enseñaban después al pueblo. La teología moral señalaba los principios esenciales de la vida moral y orientaba las conciencias. La concepción del destino del hombre, de su vocación sobrenatural y por tanto de una determinada vida moral, era compartida por todos. El ámbito indispensable de la educación moral seguía siendo la comunidad cristiana, y el método consistía siempre en el seguimiento o la imitación del Maestro y la recepción de sus palabras, a la manera como un novicio se iniciaba en la vida monástica o el aprendiz en un arte.

### **Otro modelo de persona**

Desde finales de la Edad Media, se inicia un lento y progresivo proceso de secularización que al correr de los siglos genera un modelo distinto de persona. Es verdad que

hasta el siglo XVIII, en toda esa época que hemos dado en llamar *Modernidad*, las conciencias, la cultura y las instituciones siguen inspirándose generalmente en los valores humanos del cristianismo. La antropología tradicional sigue produciendo excelentes frutos: piénsese, por poner dos ejemplos, en la imponente obra de la evangelización de América o en el *Corpus* teológico y jurídico de la escuela de Salamanca que anticipaba la moderna Doctrina Social de la Iglesia. Son dos gestos humanizadores de enorme alcance en la historia de la humanidad.

Más tarde, la Ilustración fue un movimiento que no renegaba de Dios como Ser Supremo pero renegaba del cristianismo, no admitía que Dios hubiera intervenido en la historia humana y por eso condenaba el cristianismo y la Iglesia como una gran impostura. Y sin embargo, los más altos y valiosos ideales morales de aquella gran conmoción que fue la Ilustración y la Revolución Francesa, todavía hoy vigentes, eran de raigambre cristiana (3). Es impensable que en las culturas asiáticas o africanas se exigiese libertad, igualdad y fraternidad, como exigían los girondinos y los jacobinos. El error de la Ilustración y de la Revolución Francesa estuvo en creer que esos ideales podían lograrse siendo sólo «racionales». La historia de entonces y la posterior han sido bastante elocuentes al respecto. Lo racional, abandonado a sí mismo, termina frecuentemente en lo irracional, y la misma historia sin Dios se queda sin sentido (4).

### **La moral autónoma**

En cualquier caso, los ilustrados quisieron una moral autónoma. Puesto que el hombre, si los prejuicios religiosos y sociales no le deformaban era bueno naturalmente, le bastaba escuchar a su conciencia y a su razón para conocer lo que era honesto o inhonesto, y seguirlo o no seguirlo. Kant fue el más influyente pensador de esta época. Es sabido que Kant fundamenta los comportamientos morales humanos en un imperativo categórico, que supone pertenecer a la misma estructura moral de la persona, y que enuncia así: «Obra de modo que la máxima de tu acción pueda valer como ley universal» (5). No fue eficaz ni tuvo muchos seguidores el planteamiento kantiano porque era utópico, pero con él quedó fortalecida la convicción de que el único legislador del hombre es el hombre.

Los filósofos no fueron conscientes del complejo equívoco que se escondía en las concepciones antropológicas modernas de la moralidad, una vez oscurecida en las conciencias la luz del destino sobrenatural del hombre. Sólo a lo largo del siglo XIX fueron apareciendo con claridad las consecuencias y contradicciones de tal yerro. El humanismo que surgió del proyecto ilustrado no se correspondía con las ilusiones puestas en la razón. Los «filósofos» creyeron que la razón, una vez liberada de sus ataduras dogmáticas y de las supersticiones cristianas, conduciría infaliblemente a la humanidad hacia una convivencia social feliz, regida por la ciencia y por una moral racional en sintonía total con una naturaleza armónica y perfecta.

### **Las consecuencias**

La realidad fue muy distinta: nacieron sociedades tan conflictivas e inhumanas que, ya en el siglo XX, desembocarían en las grandes dictaduras, en los campos de concen-

tración y de exterminio, en las grandes guerras, en los millones de abortos, en la explotación del hombre por el hombre. Del antiguo «estupor ante la vida humana» queda bien poco. La primera mitad del siglo XX se caracteriza, sobre todo, por el desprecio a la persona humana. La voluntad de poder, la búsqueda del placer, la utilidad inmediata sustituyen al esfuerzo por la virtud o al amor a la verdad en los que hasta el momento creía, a su modo, la moral ilustrada. Conceptos básicos como el de «libertad» o «persona humana» fueron y son negados o transformados tan radicalmente que, con frecuencia, no se reconoce en ellos el contenido filosófico que expresa la realidad. Los llamados «maestros de la sospecha» Marx, Nietzsche y Freud (6) son testigos cualificados del fracaso cultural de la moralidad ilustrada, y del vacío dejado en las conciencias por un racionalismo que quiso ser autosuficiente y dar él solo un sentido global a la vida humana.

La civilización industrial, que nace y se desarrolla entrecruzándose con el racionalismo, solo muy remota y parcialmente se inspira en la experiencia cristiana del hombre. Por primera vez aparece en la historia de Europa una cultura que no quiere reconocer ni hacer suyas las raíces cristianas de las que succionó siempre su savia el mejor humanismo europeo. Más aún, se puede afirmar, en no pocos aspectos, que el hombre europeo ya no es cristiano.

## **Luces y sombras**

No parece exagerado afirmar que si hay evidentes progresos en el desarrollo de ciertos valores humanos como son el respeto mutuo, la proclamación de los derechos humanos, unos ámbitos mayores de libertad, el deseo y la colaboración para la paz, la comunicación entre los pueblos, el progreso material en las comunicaciones, en la medicina y en la higiene y otros, también es cierto que las sociedades europeas se encuentran caminando por lo que Heidegger llamó «sendas perdidas» (Holzwege) (7). Viktor Frankl ha diagnosticado con acierto: «En realidad, hoy no nos enfrentamos ya, como en los tiempos de Freud, con una frustración sexual sino con una frustración existencial. El paciente típico de nuestros días no sufre tanto como en la era de Adler bajo un complejo de inferioridad, sino bajo un abismal complejo de falta de sentido, acompañado de un sentimiento de vacío, razón por la que me inclino a hablar de un vacío existencial» (8).

Los autores de la llamada primera generación de la escuela de Frankfurt (Marcuse, Adorno, Horkheimer) (9), de orientación marxista, hacen una crítica muy incisiva al racionalismo moderno. El resultado de su análisis concluye que la raíz de tan estrepitoso fracaso ha sido el predominio de un tipo de racionalidad que han llamado «racionalidad instrumental»; una racionalidad que se propone unos fines, y luego organiza racionalmente todos los medios en orden a alcanzar esos fines, sin detenerse en el valor humano o inhumano de tales fines y medios.

## **Antihumanismo y posmodernidad**

Lo cierto es que el sueño ilustrado de la «sola razón» ha desembocado en el antihumanismo, que se ha dado en llamar Posmodernidad. He dicho esto porque efectivamente los «posmodernos» no creen en un posible humanismo, rechazan cualquier interpre-

tación del mundo, del hombre y de Dios que pueda servir de fundamento a una ética objetiva y humanizadora; los «grandes relatos» o cosmovisiones no son para ellos sino fábulas y entretenimientos de hombres desocupados; el pretendido progreso es, según su modo de ver, «el más vergonzoso de los nombres» (J. F. Lyotard); la historia humana carece de sentido, no hay más que episodios inconexos, múltiples, diversos, sin unidad alguna; no hay más que fragmentos de verdad siempre relativos, no existen verdades absolutas, la vida carece de sentido. Los existencialistas de los años cuarenta y cincuenta vivían esta derelicción con un sentimiento trágico de la vida. Los posmodernos piensan que tampoco vale la pena vivir trágicamente.

Este pesimismo conduce inevitablemente al hedonismo, al *carpe diem* de Horacio, o al «comamos y bebamos que mañana moriremos» al que alude la Biblia (Is. 22, 13; 1 Cor. 15, 32). De esta falta de sentido trascendente se sigue la búsqueda ansiosa, precipitada y sin espera de toda clase de placeres del cuerpo, que se considera como la única realidad personal. Los ideales de lograr una humanidad mejor, más justa y más libre ceden hoy a los ideales narcisistas de pasarlo cada uno de la mejor manera posible. Los posmodernos no creen en valores morales que sean universales y válidos para todos. Rechazan la moral cristiana, pero dan también por fracasadas las otras morales que, de una u otra forma, se expresan como imperativos categóricos o como pautas universales de comportamiento.

## El hombre solo

El hombre tiene que caminar solo, sin valores y sin verdades. Se ha extendido un recelo y una desconfianza grande hacia la verdad. Tenemos signos, símbolos, palabras, pero no verdades. Además de que a la verdad se la ve como peligrosa. Umberto Eco en su leidísima novela *El nombre de la rosa*, refleja perfectamente esta actitud. Fray Guillermo de Baskerville, el protagonista, le aconseja al novicio Adso: «Huye, Adso, de los profetas y de los que están dispuestos a morir por la verdad porque suelen provocar también la muerte de muchos otros ... Quizá la tarea del que ama a los hombres consista en lograr que éstos se rían de la verdad, lograr que la *verdad ría*, porque la única verdad consiste en aprender a liberarnos de la insana pasión por la verdad ... Nunca he dudado de la veracidad de los signos, Adso; son lo único que tiene el hombre para orientarse en el mundo... He sido un testarudo, he perseguido un simulacro de orden cuando debía saber muy bien que no existe orden en el universo» (10).

Estas breves observaciones dan una impresión aproximada de la situación en que se encuentran, hablando en general, las sociedades europeas que siguen siendo pauta para sociedades de otros continentes. Tal situación es ciertamente preocupante. Juan Pablo II define «la situación del hombre en el mundo contemporáneo» como «distante de las exigencias objetivas del orden moral» (11). En la encíclica *Dives in misericordia* describe las inquietudes y amenazas que pesan hoy sobre el hombre (12); y en la *Sollicitudo rei socialis*, aun reconociendo que «las diversas iniciativas religiosas, humanas, económicas y técnicas» no han sido superfluas, afirma que, en líneas generales, teniendo en cuenta los diversos factores no se puede negar que la actual situación del mundo ofrece, bajo el aspecto del desarrollo, una impresión negativa (13). Cuando la razón ha querido independizarse de Dios ha desembocado en las aberraciones de las dictaduras, las guerras, el capitalismo o el desierto nevado de la Posmodernidad.

## Motivos para la esperanza

A pesar de todo lo dicho, se puede y se debe afirmar que hay motivos para la esperanza. La persona humana gravita inevitablemente hacia la verdad y hacia el bien, y pronto o tarde acaba por polarizarse hacia ellos. Pero no se crece nunca sin tiempo, sin esfuerzo y sin dolor, porque «el dolor es el precio del ser» (Teilhard de Chardin).

En una filosofía cristiana de la historia hay todavía otro motivo decisivo para la esperanza. Los que creemos que Dios es creador y providente, y que el Hijo de Dios se hizo hombre, sabemos que Dios no abandona la obra de sus manos, y que Jesucristo Redentor del hombre «está con nosotros todos los días hasta la consumación del mundo» (Mt. 28, 20). Puede parecer, en algunos momentos, que el hombre destruye los planes de Dios. Eso es verdad, pero los destruye sólo de forma provisoria. «Los fracasos» de Dios siempre son provisorios. Al final siempre se realizan sus planes porque, si no, Dios no sería Dios. Los antiguos remeros remaban en las bodegas de la nave sin saber exactamente la ruta que llevaban. La conocía el timonel. A nosotros nos toca remar sin que veamos el puerto hacia el que la humanidad se dirige. Al timón va Jesucristo Salvador.

## Nuestra tarea hoy

Nuestro esfuerzo y nuestra tarea en favor de la humanización de las sociedades de hoy tiene un nombre: evangelización, esto es, EVANGELIZAR PARA HUMANIZAR. La Iglesia no puede omitir su servicio a los pueblos que van a iniciar el Tercer Milenio. Desde el caudal y la experiencia de humanismo que ella ha acumulado durante siglos, no puede menos de anunciar, con el máximo respeto pero con vigorosa voz, la verdad del hombre en sus múltiples dimensiones: familiar, cultural, moral, religiosa, social, económica. Nunca impondrá por la fuerza su verdad, como pudo suceder en otras épocas, pero no puede callar siendo como es consciente de que ella cuida el depósito de todo cuanto Dios ha revelado sobre la persona humana, y lo pregona en calles y terrazas para liberar a los hombres de la mentira o del error. Que nadie pueda acusarnos un día de haber callado la verdad. Evangelizar, es decir, proclamar la Buena Nueva de Jesucristo, es el mejor modo de colaborar a que nuestra sociedad sea más humana porque nadie conoce la verdad del hombre como la conoce Dios.

## La armadura incorruptible

En primer lugar hay que proclamar de nuevo la dignidad suprema de la persona, creada por Dios a su imagen y semejanza y redimida por la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios. Si el pecado capital de los dos últimos siglos ha sido, y es hoy, una falsa antropología que ha desembocado en los colectivismos o en los materialismos, resulta urgente recuperar el concepto sacral de la persona en el que se fundamenten su dignidad y sus derechos inalienables, que no le vienen de la sociedad, y menos del Estado, sino de que es persona. A lo largo de los dos últimos siglos, se han formulado diversas *Declaraciones de Derechos Humanos* como mecanismos de defensa de una sociedad estructurada por valores cristianos, al intuir que esos valores, dados por supuestos en períodos anteriores, estaban amenazados. Sin embargo, esas *Declaraciones*

han sido poco eficaces porque para muchas personas se han quedado en derechos formales, pero no reales, y tales personas siguen estando sometidas a opresiones y alienaciones con frecuencia muy sutiles y destructivas. Y es que podemos decir, con Gabriel Marcel, que «lo humano no es verdaderamente humano más que allí donde está sostenido por la armadura incorruptible de lo sagrado. Si falta esta armadura se descompone y perece» (14) .

Cuando el Papa Juan XXIII, en su encíclica *Pacem in Terris*, hace también él una *Declaración de Derechos Humanos*, advierte que la dignidad de la persona nace de su naturaleza inteligente y libre, pero que «hemos de valorarla necesariamente en mayor grado aún, ya que los hombres han sido redimidos con la sangre de Jesucristo, hechos hijos y amigos de Dios por la gracia sobrenatural, y herederos de la gloria eterna» (15). Cuando unos a otros nos consideremos como seres sagrados, cuando seamos conscientes de que la vida humana es distinta y superior a cualquier otra vida porque desde su primer germen está llamada a desarrollarse en un diálogo de amor filial con Dios, entonces todos seremos más humanos.

### **El alma humana**

La dignidad de la persona presupone, al menos como condición posible, la presencia en ella de un componente espiritual. Es por el espíritu por lo que la persona trasciende la materia, queda constituida en un ser único e irrepetible, es fin en sí misma. El espíritu es inmortal, y adquiere una dimensión y un valor de eternidad. Es por el espíritu por lo que la persona nunca es una cosa ni puede ser tratada como tal. No es lo mismo destruir un ordenador o matar un perro que destruir o matar una persona. Si la dimensión espiritual y escatológica de la persona la habían atisbado de alguna manera Platón y los platónicos, es la revelación de Jesucristo la que nos la confirma y garantiza. Por el Evangelio hemos conocido que estamos destinados a una vida eterna, que la suerte de este destino proviene del uso que hagamos de nuestra libertad, y que sólo vivimos una vez. Ello confiere a la existencia humana una seriedad y una responsabilidad definitiva que, de otro modo, no tendría.

Por eso, el anuncio de la dignidad y espiritualidad de la persona es urgente en un mundo materialista, y por lo mismo desesperanzado; un mundo que tiende a cosificar y manipular las personas, y a convertirlas en máquinas de consumir o de producir (16).

### **Igualdad estructural**

Esta concepción de la espiritualidad del hombre lleva consigo algo tan importante para nuestra civilización, como es la *igualdad estructural de todas las personas*. Ya no podemos hablar de castas, ni de clases altas o clases bajas, de enfermos o sanos, de nacidos o por nacer, porque todas las personas, sean de la condición o de la raza que fueren, todas tienen una misma naturaleza, un mismo espíritu, una misma vocación, un mismo origen, un mismo destino, una misma dignidad fundamental.

Más aún, la filiación divina a la que hemos hecho alusión, comporta por sí misma la fraternidad humana. Se llama hermanos a los hijos de unos mismos padres. Si, pues, los

hombres somos todos hijos de Dios puesto que fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza nos atrevemos a decir «Padre Nuestro», por lo mismo estamos confesando que todos somos hermanos. Sólo así queda sólidamente fundamentada y justificada la fraternidad universal. Excluir de la fraternidad a los que no sean «proletarios», no es compaginable con el Evangelio de Jesús que sentencia: «Vosotros sois todos hermanos» (Mt. 23, 8).

Pero, sin duda, el elemento cristiano que ha sido más innovador y que, de haber sido llevado más a la práctica, hubiera transformado la humanidad, es el mandamiento que Jesucristo llama *suvo*, el mandamiento del amor: «Éste es mi mandamiento; que os améis los unos a los otros como yo os he amado ... lo que os mando es que os améis los unos a los otros» (Jn. 15, 12.18). A este mandamiento lo llama, además, nuevo: «que os améis los unos a los otros como yo os he amado ... En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor unos a otros» (Jn. 13, 34).

Es claro que, cuando Jesucristo habla del amor, no lo entiende como atracción instintiva de una persona a otra sino como la actitud de disponibilidad para prestar generosamente, a cualquiera que lo necesite, la ayuda, el servicio, la benevolencia, la gratuidad, la compañía, el perdón. Nadie lo ha expresado mejor que Él mismo en aquella admirable parábola que llamamos del Buen Samaritano (Lc.10, 29-37). El evangelista San Juan hará del amor a los hermanos, como signo inequívoco de que amamos a Dios, uno de los temas preferidos de su espiritualidad: «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos» (1 Jn. 3, 14) .

### Testigos del amor

Si algo significa hoy evangelizar es ser testigos vivos del amor. Nuestra civilización moderna arranca de aquel postulado cartesiano: «Pienso luego soy». En él se antepone el pensar al ser. Lo importante es pensar. El ser pasaba a segundo término. Ya no sería el ser el que dirigiría el pensamiento. Sería la razón la que realizaría la representación de la realidad. El «yo pensante» queda constituido en demiurgo del mundo, del hombre y de Dios.

Paso a paso se llegó a divinizar la razón y a pretender que todos fuésemos «racionales». Ya hemos hecho alusión a las crisis de antihumanismo a las que condujo una civilización que quiso ser solo racional. Es hora de que sustituyamos la civilización de la sola razón por la civilización del amor; la sociedad pretendida y exclusivamente racional por una sociedad en la que todos estemos dispuestos a respetarnos, amarnos y ayudarnos unos a otros. Entonces, y sólo entonces, se habrá acabado la explotación del hombre por el hombre, y nos habremos liberado de toda alienación. Sabemos bien que esto es una utopía, pero como intuyó Ernest Bloch (17), el valor humano de la utopía no está en su realización que es impensable, sino en que nos sirve de estímulo para tender siempre hacia una meta que «todavía no» hemos alcanzado. Evangelizar significa, ante todo, hoy como siempre, amar y enseñar a amar, «pasar por la vida haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo» (Hch. 10, 38), como de Jesús dice el apóstol Pedro en el libro de los Hechos de los Apóstoles.



## La primera escuela del amor

Es la familia. Juan Pablo II dijo en la homilía que dirigió a las familias, en el Paseo de la Castellana de Madrid, el 2 de noviembre de 1982: «La familia es la única comunidad en la que todo hombre es amado por sí mismo, por lo que es y no por lo que tiene. La norma fundamental de la comunidad conyugal no es la propia utilidad y el propio placer. El otro es querido... en sí mismo y por sí mismo» (18). Efectivamente, es en el hogar familiar donde la persona, al sentirse amada, aprende a amar. Estoy convencido de que una de las causas del malestar social que se advierte en nuestra época, y de muchos de los desequilibrios que padecen, sobre todo los niños y los jóvenes, provienen del deterioro creciente de la moral familiar.

La moral familiar, en efecto, expresa de un modo especial la actitud de una persona o de una sociedad ante la persona humana. La moral familiar es uno de los núcleos de la Doctrina Social de la Iglesia. Y está estrechamente vinculada con dimensiones de la vida que parecen menos «privadas» y más «sociales», como la concepción del trabajo o de la vida política y social, ya que es siempre en la experiencia de una familia donde cada uno configura su imagen del valor de la persona humana, del sentido de la vida, y de las relaciones que tiene que tener la persona con los demás. La situación de la familia es, pues, el termómetro más fiel de la permanencia de los criterios cristianos en una sociedad.

Paradójicamente, en este momento histórico de nuestra sociedad española, la familia es una de las instituciones naturales más duramente atacadas, para grave perjuicio de la sociedad y de las personas. Escribí, hace años, que «el cumplimiento del designio salvador de Dios sobre el hombre comienza por hacerse presente en esa célula básica e insustituible, no solo de la sociedad sino de la misma vida humana. La vida humana no puede comprenderse ni alcanzar su plena madurez sin la familia, en la que el hombre se descubre a sí mismo como ser humano querido por sí mismo. Por ello, cuando la Iglesia defiende los derechos de la institución familiar y exige del Estado su más cuidadosa protección, tiene como interés supremo salvaguardar a la vida misma que, como fruto del amor conyugal, se desarrolla en el seno de cada familia» (19).

## La naturaleza, casa del hombre

En otro orden de cosas, pesa hoy sobre la humanidad una amenaza ante la que la Iglesia tampoco puede callar, y no calla. Me refiero a la amenaza ecológica. Dios nos ha dado esta casa que es el mundo (ecología viene del griego «oikos», casa) para que todos los hombres viviésemos en ella, y de ella. Nos mandó que sometiésemos la naturaleza para el servicio del hombre (Gen. 1, 28-29). Con eso la desmitificó. La naturaleza es obra de Dios, pero no es divina. Durante siglos el hombre ha vivido de ella. El hombre la trabajaba, y ella le daba generosamente sus frutos. Pero he aquí que el ingente desarrollo técnico e industrial ha generado una situación en que se corre el riesgo de la deforestación, de la contaminación de ríos y mares, de los cambios climáticos de imprevisibles consecuencias, de la polución ambiental, de la pérdida del dominio sobre la energía atómica, en suma, de una destrucción parcial o total de la casa del hombre. «Para nuestra desgracia —escribe el académico español Miguel Delibes— el culatazo del progreso no sólo empaña la brillantez y la eficacia de las conquistas de nuestra era. El progreso comporta —inevitablemente, a lo que se ve— una minimización del hombre» (20).

Pero es preciso preguntarse: ¿Todo lo que podemos físicamente hacer es moral que lo hagamos? ¿Merece la pena? ¿Pensamos en que las energías de la tierra son limitadas, y que detrás de nosotros vendrán muchas generaciones que tendrán que vivir también en esta casa que es la tierra? Ya los paganos decían, «ne quid nimis». El Antiguo Testamento nos ha dado remedio para curar este cáncer. El libro del Eclesiástico aconseja: «En tus riquezas no te apoyes, ni digas, tengo bastante con ellas. No te dejes arrastrar por tu deseo y tu fuerza, para seguir la pasión de tu corazón» (Ecli. 5, 1-2). El cristianismo no solo ha enseñado la moderación sino que ha presentado, y presenta, testigos que saben prescindir del abuso de los bienes de la tierra, vivir en austeridad, y así crear solidaridad con las generaciones presentes y con las venideras. El mismo Delibes escribe: «Mis personajes son conscientes, como lo soy yo, su creador, de que la máquina, por un error de medida, ha venido a calentar el estómago del hombre pero ha enfriado su corazón»... En una palabra, están «rechazando una torpe idea del progreso que, para empezar, ha dejado su pueblo deshabitado» (21) .

### **Persona y Estado en conflicto**

Por fin, y para teminar esta incompleta enumeración de temas que el Evangelio ha aportado, y aporta, a la humanización de la sociedad, hay que recordar la frase inmortal de Jesucristo: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (Mt. 22, 21). Y la recuerdo porque con ella se nos dice que el César no es Dios, y desmitifica de una vez para siempre el poder temporal. A lo largo de los siglos, y también en el nuestro, contemplamos cómo el poder político tiende a ser absorbente, y a anular a las personas singulares. Él lo promete todo a las personas, con tal de que sean dóciles a él y sigan sus consignas sin protestas. Las personas, a su vez, le entregan su libertad devotamente y lo esperan todo de él. Así se sienten liberadas de la responsabilidad de pensar y de decidir, esto es, del miedo a la libertad. El Estado se siente todopoderoso e infalible, y se guía por un positivismo jurídico que no admite una ley natural superior e independiente de sus decisiones.

El cristianismo, sin embargo, sigue anunciando que sólo Dios es Dios; que Dios tiene un proyecto sobre todos y cada uno de los hombres, y que es eso que llamamos ley natural: una ley, que nos manda a todos vivir como personas y al mismo tiempo nos enseña cómo debemos comportarnos las personas unos con otros. Las sociedades actuales, y muchos juristas, se resisten a admitir la ley natural porque el positivismo jurídico les resulta más inteligible y más cómodo, y porque están afectados de una cierta alergia a la metafísica. Pero sólo si se admite una ley natural, anterior y superior a toda ley positiva, está garantizada y defendida la libertad de la persona frente al Estado. La persona, por ser persona, tiene unos deberes y unos derechos que no provienen del Estado, y cualquier ley que quiera violar los deberes y los derechos naturales de la persona es injusta, no es ley. «La persona y el poder serán eternamente antagonistas —escribe el académico francés André Frossard— ya que la persona tiene la facultad de decir “no”, cosa que al poder no le gusta nada, y además la persona pertenece a Dios, que nunca ha sido gran amigo del César» (22).

### **Hacia una nueva evangelización**

Es reiterada la llamada de Juan Pablo II para emprender una nueva evangelización, sobre todo de Europa. Es claro que no puede decirse que Europa y cristianismo hayan coincidido, pero también es cierto —y están de acuerdo con ello historiadores y filóso-

fos— que Europa llegó a ser Europa cuando las culturas griegas y romanas fueron asumidas y elevadas por el sentido de lo universal propio de la experiencia cristiana, y en ella también por los valores de la tradición judía. El tipo de humanismo surgido de esta experiencia fue informando, progresivamente, a las múltiples etnias y estirpes que poblaban este pequeño continente que llamamos Europa. Desde la alta Edad Media, la *civitas christiana* sucede a la *civitas romana*. En la Edad Moderna, el cristianismo europeo experimenta una plenitud que le impulsa a dilatarse, en una inmensa diástole, hacia los occidentales de las Américas recién descubiertas, y ya en el siglo XIX, hacia el sur para evangelizar a los pueblos africanos. La «forma cristiana» penetra ampliamente, en casi todos los pueblos del mundo, de la mano de los europeos.

Sea por las fracturas que el mismo cristianismo ha experimentado a lo largo del segundo milenio; sea por el proceso del racionalismo invasor y seductor que alcanza su culmen en la Ilustración; sea porque la vida concreta de los cristianos no ha estado acorde con lo que creían; sea también por la pleamar del economicismo materialista, marxista o capitalista, lo cierto es que en el siglo XX, la vida económica, social, política, cultural, incluso moral se desenvuelven progresivamente «como si Dios no existiera». A ello nos hemos referido al principio de esta conferencia.

## Al servicio del hombre

He aquí por qué el Papa solicita, al comienzo del Tercer Milenio, una nueva evangelización al servicio del hombre. El hombre contemporáneo, afectado por el vacío existencial y la carencia de sentido de la vida, enredado en las inextricables redes del tener y del producir, tiene una urgente necesidad del anuncio liberador de Jesucristo, y la Iglesia no puede dejar de ofrecérselo. Es su razón de ser, su obligación y su gozo. Sólo Jesucristo, su doctrina y su vida pueden ofrecer al hombre de hoy una esperanza. «El alma no es más que por la esperanza, afirma el filósofo Gabriel Marcel; la esperanza es tal vez el componente mismo de que nuestra alma está hecha» (23).

Con la propuesta de la nueva evangelización no se trata, como algunos temen, de la restauración de privilegios del pasado. Expresamente dijo el Papa, en Compostela, que la Iglesia es «consciente del lugar que le corresponde en la renovación espiritual y humana de Europa. Sin reivindicar ciertas posiciones que ocupó en el pasado y que la época actual ve como totalmente superadas, la misma Iglesia se pone al servicio, como Santa Sede y como comunidad católica, para contribuir a la consecución de aquellos fines que procuren un auténtico bienestar material, cultural y espiritual a las naciones» (24).

## ¿Una nueva evangelización?

Pues sí, es y se le llama «nueva evangelización». Porque después de las crisis a las que me he referido antes, con los profundos cambios culturales a los que esas crisis han dado lugar, Europa necesita una inmensa tarea de reconstrucción humana y espiritual, y la Iglesia puede ofrecer a esta tarea los tesoros de humanismo, de sentido y de esperanza que se hallan en Cristo. Es nueva porque ha de realizarse en un contexto humano y cultural completamente nuevos, y también porque la Iglesia debe proponer a Cristo a los hombres de un modo nuevo, esto es, superando la separación entre el Evangelio y la vida

que ha caracterizado la anterior fase cultural, y que se ha dado también entre muchos cristianos. Es imprescindible que la fe tenga una expresión humana, cultural y visible en la vida de los hombres y en las instituciones humanas, por más contingente que sea esta expresión. Una fe cristiana que no se manifieste en actitudes y en obras, sería irrelevante e incapaz de aportar nada significativo a la historia y a la vida de los hombres. Sería, por lo demás, una fe muerta. No sería la fe de la Iglesia.

Europa ha conocido en los últimos cincuenta años un enorme desarrollo industrial y económico, ha dado pasos eficaces para la unificación en la producción y el comercio, se ha facilitado el intercambio social mediante el turismo, el conocimiento de los idiomas, y de los medios de comunicación. Hay una clara tendencia a la convergencia y a la unificación, respetando las peculiaridades históricas de cada pueblo. Pero, en cambio, no ha habido un verdadero desarrollo cultural. Porque decir cultura es decir, ante todo, moralidad y es demasiado evidente que el desarrollo moral de Europa no ha tenido el mismo ritmo, ni mucho menos, que el desarrollo económico. Y, sin embargo, es en el ámbito de la concepción del hombre, de la moralidad, de la religión que dé sentido a todo, y consecuentemente de las actitudes ante la familia, el trabajo, la vida económica y social y las relaciones de unos pueblos con otros, donde Europa pone en juego su identidad y su futuro.

Hoy se puede hablar de Europa como problema, como un problema irresuelto. El alma de Europa era un alma cristiana, la ha perdido y no encuentra otra que dé sentido definitivo a su vivir y a su quehacer. En tiempo Europa fue, a pesar de sus muchos errores, un foco de humanización para todos los pueblos. Por eso se la pudo llamar «patria del universo» (A. Pietre). Y Luis Díez del Corral pudo hablar del «rpto de Europa» por los demás pueblos.

A esta Europa económicamente próspera pero religiosa, moral y culturalmente desconcertada, es a la que la Iglesia debe aportar de nuevo la savia del Evangelio, la riqueza del humanismo que brota del encuentro personal con Jesucristo.

### **Nuevo sujeto evangelizador**

Todos hemos estado y estamos de acuerdo en que es la Iglesia quien tiene que anunciar el Evangelio. Pero durante muchos siglos se entendía que la responsabilidad de evangelizar recaía exclusivamente sobre los clérigos, los religiosos y las religiosas. Ya en este siglo, se entendió mejor que la misión y la responsabilidad de evangelizar era una consecuencia necesaria de la consagración bautismal y que, por consiguiente, era competencia también de los seglares cristianos. En España surgieron potentes movimientos seculares comprometidos con esta tarea. Pero ha sido después del Concilio, cuando se ha concebido la Iglesia como un pueblo de hermanos consagrados a Jesucristo por el Espíritu Santo en el bautismo y, por ello, son participantes todos en la misión redentora y evangelizadora. Dice el Concilio Vaticano II: «Es el propio Señor, por medio de este santo Concilio, quien invita de nuevo a todos los laicos a que se unan a Él cada vez más íntimamente y a que, sintiendo como propias las cosas que a Él le pertenecen (Cfr. Phil. 2, 5), se asocien a su misión salvífica; es Él quien los envía de nuevo a toda ciudad y lugar adonde Él ha de ir (Cfr. Lc. 10, 1); de modo que en las diversas formas y maneras del único apostolado de la Iglesia, en constante adaptación a las nuevas necesidades

de los tiempos, se ofrezcan a Él como cooperadores, trabajando siempre con generosidad en la obra del Señor, sabiendo que su trabajo no es vano» (25) .

Al conjunto de éstas y otras palabras del Concilio han surgido muchos y fecundos movimientos de seglares católicos, asociaciones públicas y privadas, grupos y comunidades que, unidos a sus sacerdotes y a los obispos, realizan una admirable tarea evangelizadora. Ellos son un signo más, entre otros, del inexhausto hontanar del espíritu que anima y conduce siempre a la Iglesia en medio de los avatares de la libertad humana, y de la historia.

## Termino

Esta conferencia ha sido pensada y escrita desde la Iglesia y para los católicos. Y también pensando en aquellos que, sin ser creyentes, son sencillamente hombres y mujeres de buena voluntad. Pensando en ellos, y en vosotros que me escucháis, hago más las palabras con las que termina su libro, *Un mundo que agoniza*, un escritor vallisoletano y universal, y premio Miguel de Cervantes 1993: «En verdad, es este sentido moral lo único que se me ocurre oponer, como medida de urgencia, a un progreso cifrado en el constante aumento del nivel de vida. A mi juicio ... esta conciencia moral universal es, por encima del dinero y de los intereses políticos ... la que viene exigiendo juego limpio en no pocos lugares de la Tierra. Esta conciencia, que encarno preferentemente en un amplio sector como es la juventud que ha heredado un mundo sucio en no pocos aspectos, esta conciencia es la que justifica mi esperanza» (26).

Muchas gracias.

Madrid, Real Academia de Doctores, 29 de mayo de 1996.

## NOTAS

(1) JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor Hominis*, n. 27. En BAC, *El Magisterio Pontificio Contemporáneo*, Madrid 1991, vol. I, pp. 874-875.

(2) XAVIER ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Madrid 1984, p. 323.

(3) Libertad, igualdad, fraternidad ... «En el fondo, éstas son ideas cristianas. Lo digo teniendo conciencia plena de que aquéllos que han formulado así este ideal no hacían referencia a la alianza del hombre con la Sabiduría eterna. Pero ellos querían actuar a favor del hombre». JUAN PABLO II, en su primer viaje pastoral a Francia, refiriéndose al Bicentenario de la Revolución Francesa. Cfr. En *Document. Catholique*, n. 1973, 4 diciembre 1988, p. 1143.

(4) El juramento de la Constitución civil impuesto al clero por los revolucionarios de 1790 «dividió al clero y a los fieles. Muchos quisieron permanecer católicos, salvaguardando la plena comunión con el Papa, porque esta comunión garantiza la libertad espiritual de la Iglesia frente al poder temporal. Fueron perseguidos, y dieron testimonio hasta la sangre; algunos son venerados como mártires. Otros, verdaderos confesores de la fe, ofrecieron sus vidas en aquellas horas sombrías en las que se intentaba descristianizar a Francia». Cfr. Documento de los OBISPOS DE FRANCIA sobre el Bicentenario de la Revolución, en *Document. Catholique*, n. 1973, 4 diciembre 1988, p. 1143. Véase asimismo A. SUQUIA GOICOECHEA, *Discurso inaugural* de la

Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, 10 de abril de 1989, en *Seguir a Cristo*, Madrid 1992, edic. Encuentro, pp. 62-66: Ante el II centenario de la Revolución Francesa.

(5) MANUEL KANT, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, (Trad. de Manuel García Morente), p. 67. Kant nació en Kónisberg en 1724 y murió en su ciudad natal en 1804. Quiso construir una metafísica como ciencia, tomando por modelo a Newton y lo que éste hizo con la física. En su período precrítico le fascinó «la moral del sentimiento» de Rousseau como una posible afirmación de la «autonomía de la ética». Véase a este respecto el estudio de XAVIER ZUBIRI, *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*, edic. Alianza Editorial, Madrid 1944, edic. 9ª, pp. 232-238: «La inteligibilidad propia del dato moral» en Kant.

(6) KARL MARX, filósofo, político y economista, nació en Tréveris en mayo de 1818, y murió en Londres en 1883. Su pensamiento puede entenderse como una filosofía antiteológica de la Revolución, capaz de transformar el mundo. FEDERICO GUILLERMO NIETZSCHE nació en Röcker en 1844, y murió en Weimar en 1900. Sus grandes temas son la noción de la decadencia, la enfermedad histórica y la crisis del concepto de verdad objetiva. SEGISMUNDO FREUD, psiquiatra e investigador, nació en Freiberg (Moravia) en 1856, y murió en Londres en 1939. Fue perseguido por el nazismo. En el pensamiento de Freud lo que sólo es técnica y experiencia concretas pasa a ser, fácilmente, una filosofía de la vida humana.

(7) MARTIN HEIDEGGER nació en Baden en 1889, y murió en 1976. Viene a ser algo así como el catalizador de la filosofía existencialista alemana. A partir del análisis pesimista de la existencia del hombre, construye su filosofía del «sentimiento trágico de la vida». Según él la verdad, simplemente, debe ser confiada a la custodia del lenguaje. Estudia también las relaciones entre filosofía, poesía y metafísica.

(8) VIKTOR FRANKL es contemporáneo nuestro, catedrático de neurología en la universidad de Viena, especialista en psiquiatría y en

filosofía, y profesor de logoterapia en la universidad de San Diego de California. Su libro *Ante el vacío existencial*, edit. por primera vez en Viena en 1977, y que lleva su séptima edición, se ha traducido al castellano en Libergraf S.A., Barcelona 1944. Su introducción, pp. 9-38: *El sentimiento de la vida sin sentido*, expresa brillantemente su posición humanista ante la existencia humana. [Cfr. p. 9]

(9) HERBERT MARCUSE (1898-1979), TEODORO ADORNO (1903-1969), su colaborador HORKHEIMER son germanos. De orientación marxista los tres, critican la sociedad industrial de modelo norteamericano, en su libro *Hombre unidimensional*. Su pensamiento, sobre todo el de Marcuse, ha influido en las reueltas del mayo francés de 1968.

(10) UMBERTO ECO, y su novela *El nombre de la rosa*, son conocidísimos en España, sobre todo a través de las TV españolas de estos últimos años. Hay que tener en cuenta su pensamiento, si se quiere eficazmente una «nueva evangelización» para el hombre y la sociedad de hoy.

(11) JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis* (1979), n. 51. Cfr. en BAC, *El Magisterio Pontificio Contemporáneo*, Madrid 1991, vol. I, n. 51, p. 882: «Si nuestro tiempo... se nos revela como tiempo de gran progreso, aparece también como tiempo de múltiples amenazas al hombre, de las que la Iglesia debe hablar a todos los hombres de buena voluntad y en torno a las cuales debe mantener un diálogo con ellos. En efecto, la situación del hombre en el mundo contemporáneo parece distante tanto de las exigencias objetivas del orden moral como de las exigencias de la justicia o aún más del amor social».

(12) JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* (1980). Véase en BAC, *El Magisterio Pontificio Contemporáneo*, vol. I, 8, p. 904: «La situación del mundo contemporáneo pone de manifiesto no sólo las transformaciones tales que hacen esperar en un futuro mejor del hombre sobre la tierra, sino que revela también múltiples amenazas, que sobrepasan con mucho las hasta ahora conocidas».

(13) JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis* (1987). En BAC, *El Magisterio Pontificio*

*Contemporáneo*, vol. II, 13, p. 909: «Son muchos millones los que carecen de esperanza debido al hecho de que, en muchos lugares de la tierra, su situación se ha agravado sensiblemente».

(14) GABRIEL MARCEL, *Homo viator*, París 1944, p. 132. Nació en París, en 1889 y murió en París en 1973. Se convirtió al catolicismo hacia 1929. Es el primero de los filósofos de la existencia que se libera del idealismo, y desemboca en una filosofía subjetiva y existencial. Con una actitud firme de fe, en su filosofía, sustentada por un optimismo personal que le lleva a superar toda oposición entre el hombre y Dios.

(15) JUAN XXIII, *Pacem in terris* (1963). En BAC, *El Magisterio Pontificio Contemporáneo*, Madrid 1991, vol. II, n. 10, p. 745.

(16) Cfr. ANDRÉ FROSSARD, de la Academia Francesa, *La partie de Dieu - Lettre aux évêques*, edic. Fayard, París 1992, p. 45: «Vosotros ya no os atrevéis a hablar del alma, la palabra misma ha desaparecido del vocabulario religioso. En este punto como en otros muchos, os habéis dejado reducir al silencio por el materialismo».

(17) ERNEST BLOCH, el filósofo alemán, nació en Nudwischafen en 1885, y murió en 1977. Repiensa el marxismo a través de la permanente herencia religiosa que le viene de su origen hebreo, y de este modo llega a una fi-

losófia en la que el carácter mesiánico, propio del pensamiento de Marx, está fuertemente subrayado y destacado en primer plano.

(18) JUAN PABLO II, *Mensaje de Juan Pablo II a España*, Madrid 1982, p. 77.

(19) A. SUQUÍA COICOECHEA, *Obras y Escritos Pastorales* vol. IV/2, Madrid 1994, pp. 865-866.

(20) MIGUEL DELIBES, *Un mundo que agoniza*, premio Cervantes 1993, edic. Plaza y Janes, Madrid 1994, p. 41.

(21) MIGUEL DELIBES, *Un mundo que agoniza*, pp. 159-160.

(22) Cfr. ANDRÉ FROSSARD, *L'homme en questions*, París 1993, trad. italiana *Incontri con l' uomo*, Ediz. Piemme 1994, p. 132.

(23) GABRIEL MARCEL, *Être et avoir*, París 1935, p. 117.

(24) JUAN PABLO II, *Mensaje de Juan Pablo II a España*, Madrid 1982, p. 261.

(25) CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto *Apostolicam actuositatem*, n.33, edic. bilingüe en BAC, Madrid 1993, promovido por la Conferencia Episcopal Española, p. 789.

(26) MIGUEL DELIBES, *Un mundo que agoniza*, pp. 164-165.